

el padre vela sobre el alma y la razon. Procuran reprimir en ellos quanto es posible el impetu y fuegos de la juventud: los casan sin pérdida de tiempo segun lo dicta la razon y los estímulos de la Naturaleza, y entretanto solo les permiten una concubina que está en clase de criada, y que en el instante que se casan es despedida.

La educacion de las hembras es casi la misma que la de los machos. Sobre este punto me acuerdo que censuraba mi amo de ridiculo é imprudente nuestro método, diciendo que la mitad de nuestra especie no tenia otro talento que el de multiplicarla.

El mérito de los machos consiste principalmente en sus fuerzas y agilidad: el de las hembras en la docilidad y dulzura. Si una hembra saca por casualidad qualidades de macho, la buscan un marido que tenga qualidades de hembra y queda todo compensado, como sucede á veces entre nosotros; que la mujer es el marido y el marido la mujer; de suerte que ni aún en este caso degenera la sucesion; pues heredan y perpetúan dichosamente las propiedades de los que les dieron el sér.

CAPITULO VII.

Parlamento de los houghnms. Cuestion importante tratada en esta asamblea de toda la nacion. Detall de algunos usos del país.

Durante mi ausencia en aquel país, y como tres meses antes de mi partida, hubo una asamblea general de toda la nacion ó parlamento en que se trató un negocio que habia estado ya mil veces sobre el bufete; una cuestion que solamente ella pudo dividir jamás los ánimos de los houghnms. Mi amo asistió como diputado de su canton, y me refirió en casa quanto habia pasado sobre el asunto.

Tratábase de decidir si convendria exterminar absolutamente la raza de los *yahous*. Uno de los miembros sostenia la afirmativa, apoyando su voto sobre diversas pruebas muy fuertes y muy sólidas. Alegaba que el *yahou* era el animal más deforme, perjudicial y perverso que habia producido la Naturaleza, no menos maligno que indócil, siempre maquinando cómo ofender á los demás. Trajo al intento una antigua tradicion esparcida por el país, segun la cual no siempre

habia habido *yahous* en él, sinó que en tal siglo habian aparecido dos en la cima de una montaña, ya que hubiesen salido del limo craso y glutinoso fermentado por las rayos del sol, ó ya que la espuma del mar los hubiese engendrado, y que estos dos *yahous* habian procreado tanto, que el país se hallaba todo infestado. Que para prevenir los daños de semejante multiplicacion, los *houyhnhms* de otros tiempos habian dispuesto una caza general en que habian cogido una infinidad de ellos, y despues de haber destruido á todos los viejos, habian reservado los más jóvenes con el fin de domesticarlos en cuanto permitiese su malignidad, y destinarlos al tiro y carga. Que lo muy cierto de la tradicion era no ser los *yahous ynhuamschy*, esto es, ebortgenos. Y últimamente, que habiendo incurrido los habitantes del país en el imprudente capricho de servirse de *yahous*, habian abandonado sin motivo el uso de los jumentos, animales bellísimos, tan dóciles, pacíficos y humildes, incansables y de poca costa, pues aunque tenían el defecto de la voz algo desagradable, no lo era tanto como la de la mayor parte de los *yahous*.

Otros muchos senadores peroraron con igual elocuencia, pero con alguna variedad en cuanto al asunto, hasta que al fin, poniéndose en

pié mi amo, propuso un prudente arbitrio, de cuya idea me era deudor. Entró confirmando con su voto la tradicion vulgar, y apoyó todo lo que sábiamente habia dicho sobre este punto de historia el honorabilísimo miembro que acababa de hablar, á que añadió, que en su concepto, aquellos dos *yahous* de quienes se trataba habian venido de países ultramarinos, y que, abandonados de sus camaradas sobre la costa se habian acogido á los bosques y montañas, donde con el tiempo su naturaleza habia variado hasta declinar en salvajes y feroces, sin semejanza alguna de todos los demás de su especie que habitaban en climas remotos. Que en corroboracion de ello tenia en su casa, tiempo habia, un *yahou* muy particular, de quien precisamente habrian oido hablar todos los vocales de la asamblea y algunos le habian visto, refiriendo enseguida cómo me habia encontrado y que mi cuerpo estaba cubierto de una composicion artificial de pelos de bestias. Dijo tambien que poseia mi poco de idioma propio, aunque ya habia aprendido perfectamente el de ellos, por cuyo medio habia logrado saber cómo habia sido conducido allí, y que habiéndome visto despojar de aquella cubierta y desnudo, habia observado que era un verdadero *yahou*, con la sola dife-

rencia de tener la piel blanca, poco pelo y las garras muy cortas. Este *yahou* extranjero, prosiguió, ha querido persuadirme que en su país y otros muchos que ha corrido los *yahous* son los únicos animales racionales dominantes y maestros, y que los *houyhnhnms* viven en esclavitud y miseria. El tiene, sin disputa, todas las cualidades exteriores de nuestros *yahous*; pero es preciso confesar que manifiesta otro comedimiento, y aun indica alguna tintura de razon, no porque discurra como un *houyhnhnm*, sino que posee sus ciertos conocimientos y luces muy superiores á las de nuestros *yahous*. Enmedio de todo esto, señores, os vá á sorprender una cosa, á que os ruego apliqueis toda vuestra atencion. ¿Lo creereis? Pues él mismo me ha asegurado que en su país hacen eunucos á los *houyhnhnms* desde su más tierna juventud, que así los domestican y amansan, y que la operacion es fácil y nada peligrosa. ¿Será esta la primera vez, señores, que las bestias nos han dado alguna leccion ó que hayamos seguido su útil ejemplo? La hormiga, ¿no nos enseña á ser industriosos y prevenidos? ¿A quién debemos los primeros elementos de la arquitectura sinó á la golondrina? Concluyo, pues, que se pudiera muy bien introducir en esta comarca, con res-

pecto á los jóvenes *yahous*, el uso de la castracion: de este modo conseguiríamos la ventaja de hacerlos dóciles, humildes y pacíficos, á más de ir destruyendo poco á poco la perversa raza. Opino juntamente que se debe exhortar á todos los *houyhnhnms* á la importante cria de los jumentitos, animales sin duda preferibles á los *yahous* por todos conceptos, y especialmente porque á la edad de cinco años principian ya á servirnos, cuando el *yahou* no es capaz de nada hasta los doce. Esto fué todo lo que mi amo me contó de los tratados de la asamblea, reservándome otro que era el que más me interesaba, como particular á mi persona. ¡Ah! La principal época de mi vida desdichada, cuyos tristes efectos percibí bien pronto. Pero antes de entrar en este artículo, es menester decir algo del carácter y usos de los *houyhnhnms*.

Los *houyhnhnms* no tienen librerías, ni saben leer ni escribir, y por consiguiente, toda su ciencia es la tradicion. Como es un pueblo pacífico, modesto, unido, virtuoso, muy racional y sin ningun comercio con el extranjero, los grandes sucesos son allí muy raros y todos los puntos de su historia, dignos de noticia, pueden conservarse fácilmente en la memoria sin abrumarla.

Ellos no conocen enfermedades ni médicos. Por lo que á mí toca no me atreveré á decir si la falta de éstos proviene de la de aquellas, ó si la de aquellas proviene de la de éstos. Ni es decir que no padezcan algunas veces sus ligeras indisposiciones; pero saben curárselas con facilidad mediante el conocimiento que tienen de las plantas y yerbas medicinales, por el continuo estudio de la botánica en sus paseos y frecuentemente en sus comidas.

Su poesia es muy bella, y sobre todo muy armoniosa. No consiste en juguetes familiares y bajos, ni en su lenguaje afectado, ni en una jerga extravagante, ni en chistes epigramáticos, sutilezas oscuras, antítesis pueriles, las agudezas de los españoles, los *concelli* de los italianos ni en las figuras violentas de los orientales. La gracia y precision de los símiles, la riqueza y exactitud de las descripciones, la relacion y viveza de las imágenes son la esencia y carácter de su poesia. En los admirables trozos de sus mejores poemas que mi amo solia recitarme tal cual vez, yo notaba claramente ya el estilo de Homero, ya el de Virgilio, ya el de Milton.

Quando muere un houyhnhnm ni se aflige ni se alegra nadie. Sus parientes más próxi-

mos, sus más íntimos amigos, todos miran su muerte con ojo enjuto y el más indiferente. El moribundo tampoco demuestra sentimiento de dejar el mundo; parece despedirse de una tertulia en que ha estado largo tiempo para volver á ella el dia siguiente. Así sucedió, que habiendo citado mi amo á un amigo para que concurriese á casa con toda su familia á fin de tratar un negocio importante, llegó la hora señalada y nadie parecia. Estábamos cuidadosos de la tardanza cuando vimos entrar á su esposa con dos hijos, la cual nos pidió muy frescamente disimuláramos la falta, pues acababa de morir su marido de un accidente imprevisto, y aún no se sirvió de la voz *morir*, que es malsonante entre ellos, sino *shnuwing* que literamente quiere decir *ir á buscar á su abuela*. Estuvo muy plentera en la visita, y tres meses despues murió ella con la misma serenidad en la más deliciosa agonía.

Los houyhnhnms viven comunmente sesenta ó setenta y cinco años, y algunos hasta los ochenta. No se asustan, aunque por lo regular preven su muerte bastante tiempo antes. Abren audiencia á los cumplimientos de sus amigos que van á anunciarles un feliz tránsito, y en los diez últimos dias el futuro muerto, que rara vez

se equivoca en su cálculo, sale de ceremonia en litera conducida por sus *yahous* á despedirse de los que le han visitado, como si fuese á dejar un país para pasar en otro el resto de su vida.

Debo advertir aquí que los *houyhnhnms*, careciendo su lengua de términos con qué explicar lo malo, se sirven de metáforas tomadas de la deformidad y malas propiedades de los *yahous*. Así cuando quieren expresar la imprudencia de un criado, el defecto de un hijo, una herida que recibieron, un mal temporal ú otra cosa semejante, nombran el sugeto y añaden simplemente el epíteto *yahou*, de este modo: para explicar los ejemplos que acabo de poner dirían ellos *hhhm yahou*, *Whuaholm yahou*, *ynlhn-dwihlma yahou* que una casa está mal construida; *ynlmnhrohlan yahou*.

El que deseara saber más de los usos y costumbres de los *houyhnhnms*, tendrá, si gusta, la mortificación de esperar que concluya un grueso tomo en cuarto que estoy componiendo sobre la materia. Publicaré prospectos incesantemente, y no quedarán frustadas las esperanzas y derechos de los suscritores. Entretanto, ruego al público se contente con este epítome, permitiéndome que acabe de contarle el resto de mis aventuras.

CAPITULO VIII.

Felicidad del autor en el país de los *houyhnhnms*. Delicias que encuentra en su conversacion. Modo de vida que emprende entre ellos. Es desterrado de la comarca por decreto del Parlamento.

He amado siempre el órden y la economía, por lo que en cualquiera situacion que me haya visto nunca he dejado de arreglarme un establecimiento industrioso para vivir con método. Mi amo me ha señalado habitacion como á seis pasos de distancia de su casa en una especie de barraca á estilo del país, y poco más ó menos que las de los *yahous* sin aliño ni comodidad; pero yo me eché á buscar arcilla, levanté cuatro paredes con su techo y de juncos fabriqué una estera para cubrirle. Recogí cáñamo, que allí crece naturalmente por todas partes, y habiéndole beneficiado tegí una especie de bolsa, la llené de plumas de pájaro y me proveí de cama mullida y cómoda. Hice una mesa y una silla con ayuda del alazan, sin más instrumentos que mi cuchillo. Cuando me ví sin vestido me procuré uno nuevo de pieles de conejo for-

rado con las de otros animales llamados *Huhnoh*, que son muy hermosos, poco menos grandes y de un pelo tan fino que tambien me servia para hacer medias bastantes buenas. Remonté mis zapatos con tablitas bien afianzadas al cordoban, y luego que éste acabó de romperse le reemplacé con piel de *yahou*. En cuanto á mi alimento tengo dicho lo que hacia, y además, sacaba miel de los troncos de los árboles que comia con el pan de avena. En suma nadie experimentó jamás como yo que la naturaleza se contenta con muy poco, y que la necesidad es la madre de la invención.

Gozaba una salud perfecta y una tranquilidad de ánimo inalterable. No me veia expuesto á la inconstancia ó traicion de los amigos, ni á los lazos invisibles de los enemigos ocultos. No me tentaba el vergonzoso deseo de ir á hacer la corte á un personaje ó á su dama por conseguir el honor de su proteccion y privanza. No conocia la necesidad de caucionarme contra el fraude y la opresion. Allí no habia soplones, ni se ganaba albricias alevosas, ni menos habia Lord mayor crédulo, loco y mal intencionado. Mi honor no corria el riesgo de verse ajado por acusaciones indignas, ni mi tranquilidad perturbada por conjuraciones perversas. No habia

médicos ignorantes que me envenenasen, abogados imprudentes que causasen mi ruina, ni autores adocenados que me fastidiasen. No me miraba rodeado de bufones, murmuradores, censuradores, calumniadores, petardistas, rateros, truanes, jugadores, impertinentes novelistas, espíritus fuertes, hipocondriacos, balbucientes, disputadores, gentes de partido, seductores, charlatanes. Allí nada de comerciantes usureros, nada de bribones afectados, espíritus superficiales, pisaverdes, petimetres aturdidos, espadachines ni borrachos; nada de disolutas ni bachilleras. Mis oidos no eran hollados de discursos silenciosos é impíos. La presencia de un pleaero enriquecido y ensalzado nunca heria á mis ojos, ni la de un hombre de bien abandonado á su virtud como á su mal destino.

Lograba el honor de conversar frecuentemente con los señores *houyhnhnms* que concurrían á la casa, permitiéndome mi amo á sus visitas; pero nunca hablaba á menos que me preguntasen; de suerte que yo representaba propiamente el papel de oidor, aunque con una satisfaccion inmensa porque todo cuanto oia era útil y agradable, siempre exprimido en muy pocas palabras y con gracia. Allí brillaba la más exacta compostura sin etiqueta; cada uno

decía y escuchaba lo que podía acomodarle, sin interrumpirse unos á otros ni molestarse con relaciones largas y fastidiosas. Tampoco disputaban jamás ni altercaban.

Llevaban por máxima que en una tertulia es bueno que reine el silencio de cuando en cuando, y yo creo que tenían razon. En este intervalo ó en esta especie de trégua, el espíritu se llena de nuevas ideas y la conversacion vuelve despues más viva y enérgica. Las suyas rodaban ordinariamente sobre las ventajas y delicias de la amistad, los deberes de la justicia, la bondad, el buen orden, las operaciones admirables de la Naturaleza, las antiguas tradiciones, las condiciones y límites de la virtud, las reglas invariables de la razon; algunas veces sobre las decisiones de la asamblea inmediata, y frecuentemente sobre el mérito de sus poetas y cualidades de la buena poesía.

Puedo lisonjearme sin vanidad de que tambien yo fomentaba alguna vez las conferencias, esto es, que les daba ocasion á razonamientos muy bellos, cuando mi amo solia hablarles de mis aventuras y noticias de mi país, aunque sus reflexiones no eran las más honrosas al linage humano, por cuya razon debo callarlas. Solo diré que mi amo indicaba conocer mejor que yo

la Naturaleza de los *yahous* que habitaban en otras partes del mundo; él descubria el manantial de todos nuestros extravíos; profundizaba en la materia de nuestros vicios y locuras y adivinaba una porcion de cosas que yo no le habia revelado. Esto no debe parecer increíble, pues conocia á fondo sus *yahous*, suponía á lo que podia llegar un cierto gradito de razon en ellos, tiraba su cálculo y nada discrepaba.

No puedo negar que las cortas luces y alguna filosofía que hoy tengo, lo adquirí de las sábias lecciones de aquel buen amo y de las conversaciones con sus juiciosos amigos, conversaciones preferibles á las doctas sesiones de las academias de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Profesaba á todos aquellos ilustres personajes una inclinacion llena de respeto y de temor, sintiéndome penetrado de reconocimiento á la bondad que habian usado conmigo de no confundirme con sus *yahous* y aun acaso de creerme menos imperfecto que los de mi país.

Cuando repasaba la memoria de mi familia, amigos y compatriotas y del linage humano en general, se me presentaban como una cuadrilla de *yahous* cuanto á su carácter y exterior, sin más diferencia que alguna civilizacion con el don de la palabra y un asomo de razon. Siempre que

consideraba mi figura en el agua pura de un arroyo, volvía presuroso la cabeza, no pudiendo sufrir la vista de un animal que me parecía tan feo como un *yahou*. Mis ojos, acostumbrados á la noble presencia de los *houyhnhms*, no encontraban hermosura animal sinó en ellos. Con la continuacion de mirarlos habia tomado un poco de su aire y gesto, de su planta y modo de andar, y aun ahora que estoy en Inglaterra, me dicen á veces mis amigos que troto como un caballo; que cuando hablo y me rio, parece que relincho. Todos los dias me veo chuleado acerca de esto, aunque nunca me pico.

En aquel estado feliz, cuando mejor gustaba las dulzuras de un completo reposo que me creia tranquilo por todo el resto de mi vida y en la disposicion más agradable y digna de envidia, un dia me mandó llamar mi amo más temprano de lo ordinario. Luego que me presenté advertí en él una seriedad que no acostumbraba y un desasosiego que le embarazaba para hablarme. Pasado un rato en melancólico silencio, prorumpió este discurso: «No sé, hijo mio, cómo tomareis lo que voy á deciros. Sabed que en la última junta del parlamento, con ocasion del asunto de los *yahous*, que salió al despacho, un diputado representó que era indecente y vergonzoso

que tuviese en mi casa á un *yahou* tratándole como si fuese un *houyhnhm*; que me habia visto conversar con él tan lleno de satisfaccion como si estuviera con uno de mis semejantes, y que este era un proceder contrario á la razon y á la Naturaleza sin ejemplar en nuestra comarca. En su consecuencia me ha exhortado la asamblea á una de dos cosas, ó que os ponga con los demás *yahous* que van á castrar el primer dia, ó que os destierre al país de donde vinisteis. La mayor parte de miembros que conoceis y que os han visto en mi casa ó en la suya, han resistido la alternativa con estos *yahous* como injusta y escandalosa, respecto de que gozais algun principio de razon; á más de que seria de temer que partiéndola con ellos se hiciesen quizá peores ó que se sublevasen y tomándoos por caudillo se retirasen á los montes y algun dia nos sorprendiesen para desgarrarnos y destruirnos. El acuerdo ha seguido á la pluralidad de votos, de suerte que me hallo exhortado á despediros inmediatamente con tanta ejecucion como que no puedo dilatarlo de este dia. Os aconsejo, pues, que os echeis á nado ó construyais un barquichuelo á imitacion del que aquí os trajo, segun me habeis declarado, y os volvais por el camino que vinisteis; contad con todos los criados de

esta casa y los de mis vecinos que os ayudarán a trabajar. Si en mí solo hubiese consistido os conservaría eternamente en mi servicio, porque tenéis inclinaciones bastante buenas, os habeis corregido de mil vicios y malos hábitos y habeis hecho cuanto está de vuestra parte para conformaros en lo que vuestra desdichada naturaleza permite con la de los houyhnhms.

Notaré aquí al paso que los decretos de la asamblea general de la nacion houyhnhmjana se extienden todos bajo la expresion *hnhloany*, que significa exhortar, no pudiendo ellos alcanzar á qué venga el compeler y apremiar á una criatura racional como si fuese capaz de desobedecer á la razon propia.

Un discurso tal fué para mí un rayo cuya impresion no pude resistir. Poseido á un mismo tiempo de la congoja y la desesperacion, caí desmayado á los piés de mi amo, que al pronto me tuvo por muerto, hasta que cobrando algun aliento pude decirle en voz apagada y llena de dolor que sin propasarme á censurar la exhortacion de la asamblea, ni la pretension de sus amigos sobre despedirme de su casa, consideraba no obstante mi débil juicio, que pudieran haber decretado otra pena menos rigurosa; que el echarme á nado era arriesgado, pues á lo su-

mo podria hacer una legua cuando la tierra más cercana distaria acaso ciento; que para emprender un barquichuelo no veia en el país lo necesario; pero que en medio de tantas dificultades prestaba mi obediencia y me aventuraba á perecer. Que la vista de la muerte no era lo que más me intimidaba, mirándola como el menor de mis males, sinó que cuando por algun raro incidente pudiese atravesar los mares y volver á mi país, me hallaria con la desdicha de verme entre *yahous*, obligado á pasar con ellos el resto de mis dias y expuesto á recaer en mis antiguos defectos. Que bien sabia que las razones que habian determinado á los señores houyhnhms, eran demasiado sólidas para atreverme á objetarles las de un miserable *yahou* como yo: y así aceptaba la apreciable oferta de sus criados, con cuya ayuda iba á emprender la fábrica del barco, suplicándole me concediese un cierto término proporcionado á la dificultad de una obra que habia de responder de mi vida desdichada, y que si volviese algun dia á Inglaterra, trataria de hacerme útil á mis compatriotas poniéndoles delante el diseño de las virtudes de los ilustres houyhnhms para espejo de todo género humano.

Su honor me contestó en pocas palabras que

me concedía dos meses; y habiéndole tambien insinuado que me bastaba la ayuda del alazan mi camarada (pues me es permitido darle este título en Inglaterra), por constarme el buen afecto que le debia, le mandó al mismo tiempo que observase mis instrucciones.

Lo primero que hice fué salir hácia la parte de la costa donde habia abordado, y corriendo la vista desde una altura por aquellos vastos espacios de las aguas, me pareció descubrir al Nordeste una pequeña isla, que el telescopio me hizo conocer más claramente, y calculé que podría distar unas cinco leguas. Al buen alazan, como no habia visto más tierra que donde habia nacido, se le figuraba una nube; pero yo, que acostumbrado toda mi vida á este elemento tenia mejor ojo para distinguir sobre él los objetos, no dudé y resolví dirigirme á ella.

Volvímos á casa, consulté el proyecto con mi alazan, y en seguida pasamos á un bosque poco distante, donde yo con mi cuchillo y él con un guijarro cortante muy diestramente engastado en su mango, tumbamos la madera necesaria. Para no molestar al lector con el diario de nuestra maniobra, bastará decir que en seis semanas construimos una especie de canoa al modo de las de los indios, aunque mucho más

anacha, cubierta de pieles de *yahou* cosidas con cáñamo. Reservé las de los jóvenes para hacer una vela, porque las de los viejos hubieran sido demasiado duras y gruesas, me surtí tambien de cuatro remos, é hice mi provision de carne cocida, de conejos y pájaros, con dos vasijas, la una de leche y la otra de agua.

Probé la canoa en un gran estanque donde corregí todos sus defectos, tapando con sebo de *yahou* las aberturas hasta ponerla en estado de poderme trasportar con mi pequeño equipaje, y despues la hice llevar por los *yahous* á la ribera sobre una carreta, al cuidado del alazan y otro criado.

Ya que estuvo todo dispuesto y llegó el día de mi partida, me despedí de mi amo, de madama su esposa y demás de la casa, bañados en lágrimas los ojos y el corazon pasado de dolor. Su honor por curiosidad ó por cortesania quiso verme á bordo, y habiendo salido con muchos de sus amigos y vecinos, tuvo que esperar más de hora y media por causa de la marea, hasta que observé que el viento era favorable para conducirme á la isla; entonces fui á ponerme á los piés de mi amo para recibir sus últimas órdenes, y me hizo el honor de levantar su mano derecha hasta la altura de mi boca. No refero

esta circunstancia por vanidad, sinó por imitar á todos los viajeros, que tienen buen cuidado de no omitir aquellos honores extraordinarios que han recibido. Hice una gran cortesía á todo el concurso, y echándome á la canoa dejé la ribera.

CAPÍTULO IX.

El autor es herido de una flecha disparada por un salvaje. Da en manos de portugueses que le conducen á Lisboa, de donde pasa á Inglaterra.

Emprendí este desgraciado viaje el 15 de febrero de 1714, á las nueve de la mañana. No me servi por el pronto sinó de los remos, aunque el viento era favorable; pero reflexionando que me cansaria y podia mudarse, me aventuré á usar de la vela; así navegué cerca de hora y media, por favor de la marea. Mi amo con todo el acompañamiento permanecieron en su postura hasta que me perdieron de vista, y oí muchas veces gritar á mi querido amigo el alazan: *hnuy illa mijah yahou*, esto es, *mira bien por tí, gallardo yahou*.

Yo no deseaba otra cosa que descubrir algu-

na pequeña isla donde solo se encontrase lo preciso para mi conservación, figurándome en un establecimiento semejante una suerte mil veces más feliz que la de un primer ministro; tal era el extremado horror que habia concebido de volver á Europa y verme obligado á vivir en sociedad con los *yahous*. En esta dichosa soledad que buscaba, me proponia pasar dulcemente el resto de mi vida, envuelto en mi filosofia, gozando de mis pensamientos, sin otro objeto que el soberano bien ni más delicia que el testimonio de mi conciencia, exento del contagio de aquellos vicios enormes que los *houyhnhms* me habian enseñado á conocer en mi detestable especie.

El lector puede acordarse de que ya dije que se sublevó la tripulacion de mi navío, que me aprisionó en mi camarote, que estuve así algunas semanas sin saber qué rumbo llevaba la embarcacion, y que últimamente me pusieron en tierra sin declararme en dónde me hallaba. Yo creí no obstante que por entonces, que estábamos á diez grados al Sud del cabo de Buena Esperanza, como á unos cuarenta y cinco de latitud meridional, infiriéndolo de algunas conversaciones en general que habia podido percibir en el navío sobre el designio de ir á Mada-

gascar. Ello no pasaba de una conjetura, mas no por eso dejé de tomar el partido de surcar al Este, esperando dar fondo al Sudoeste de la costa de Nueva Holanda, y de allí dirigirme al Oeste á cualquiera de las isletas de la inmediacion. A las seis de la tarde, habiendo tenido el viento directamente al Oeste, calculé que habria hecho como unas diez y ocho leguas. Entonces descubrí otra nueva isla muy pequeña que distaria lo más legua y media, y abordé á ella en corto tiempo; pero no era propiamente sinó una roca, con una reducida bahía que las tempestades habian formado. Amarré la canoa en este sitio, y trepando por un lado de la roca, descubrí hácia el Este una tierra que se extendia del Sud al Norte. Pasé la noche en mi barco y de madrugada eché á remar con esfuerzo hasta llegar á un paraje de Nueva Holanda, que está al Sudoeste, y tardaria siete horas. Esto me confirmó mi antigua opinion de que los mapas y cartas generales ponen este país lo menos tres grados más al Este de lo que realmente está, cuyo pensamiento creo haber comunicado algunos años há á mi ilustre amigo el señor Herman Moll explicándole mis razones, bien que haya preferido seguir á la turba de los autores.

No percibi vestigio de habitantes en el sitio donde habia desembarcado ni me atrevi á internarme mucho, porque me hallaba sin armas. Tampoco quise hacer fuego para cocer algunos mariscos que habia recogido sobre la ribera, por temor de ser descubierto de los habitantes de la comarca. Tres dias estuve oculto manteniéndome con ostras y almejas por conservar mis provisiones, y por fortuna encontré un arroyuelo de excelente agua.

El cuarto dia, habiéndome determinado á penetrar un poco más, descubrí veinte ó treinta naturales del país entre hombres, mujeres y niños, todos desnudos, calentándose en una grande hoguera sobre una altura que apenas distaria de mí quinientos pasos. Advertidos por uno de ellos que me vió, destacaron inmediatamente cinco hombres: conocí su intencion por su marcha, y huí precipitadamente á mi canoa, echando á remar con toda fuerza; pero como la ventaja era poca, los salvajes me siguieron lo largo de la costa y me dispararon una flecha que me alcanzó en la rodilla izquierda, haciéndome una herida de bastante extension, cuya señal todavía permanece, y aún temí que estuviere envenenada. Así logré escapar, y luego que me vi á distancia suficiente, procuré lim-

piar bien la herida y vendarme la rodilla como pude.

Yo me hallaba perplejo, no atreviéndome á volver hácia aquella parte donde habia sido atacado, y como tenia que caminar al Norte con viento Nordeste, no cesaba de remar. Tendiendo la vista por todos lados, por si podia descubrir algun objeto, divisé al Nordeste una vela que por instantes crecia á mis ojos: dudé algun tiempo si avanzaria á encontrarla ó no; pero el horror que habia concebido contra toda raza de *yahous* decidió, determinando virar de bordo y navegar al Sud para volver á la bahía de donde habia salido aquella mañana, antes dispuesto á todo riesgo que á vivir entre ellos. Arrimé mi canoa cuanto pude á la ribera, y yo me escondí á pocos pasos de ella detrás de una pequeña roca que estaba junto al arroyuelo de que he hablado.

El navío llegó como á media legua de la bahía y envió su chalupa con toneles á hacer aguada en aquel sitio, que por el arroyo es muy conocido y frecuentado de los viajeros. Al tomar tierra los marineros vieron mi canoa, y pasando á registrarla, infrieron luego que su dueño no podia estar muy lejos. Cuatro de ellos bien armados se echaron á reconocer el terreno, has-

ta que me encontraron acostado boca abajo detrás de la roca. Por el pronto les sorprendió mi figura, vestido de pieles de conejo, zapatos de madera y medias acolchadas, conociendo al instante que no era del país, pues todos sus habitantes iban desnudos. Mandóme uno que me levantase, y me preguntó en lengua portuguesa quién era. Respondíle tras una gran cortesía en la propia, que entendia perfectamente, que era un pobre *yahou* expelido del país de los *houyhnhms*, y que solo les suplicaba me dejasen seguir mi rumbo. Quedaron más admirados al oirme hablar en su lengua, y por el color del rostro me creyeron europeo, mas no entendian lo que queria decir *yahou* y *houyhnhms*, ni pudieron reprimir la risa al oír mi acento, semejante al relincho de un caballo.

Su presencia me infundia á un mismo tiempo ódio y temor; pero cuando me iba disponiendo á volverles la espalda para tomar mi canoa, me echaron mano y me hicieron declararles de qué país era, de dónde venia y otras mil curiosidades de esta especie. Respondiles que habia nacido en Inglaterra, de donde habia salido estando en paz su reino con el mio, pues habria ya unos cinco años, y así confiaba que no me tratarian como enemigo, respecto que tampoco

les deseaba mal ni era más que un miserable *yahou* dedicado á buscar una isla desierta donde pasar el resto de mi vida desdichada.

No estaba yo menos absorto de oírles hablar á ellos, teniéndolo por un prodigio tan singular como si oyera hablar ahora en Inglaterra un perro ó una vaca. Su contestacion, llena de humanidad y cortesania fué que no me affigiese, que no dudaban que su capitán me recibiria á bordo y me llevaria gratis á Lisboa, de donde podria pasar á Inglaterra: que en el instante iban dos á darle parte de la novedad para tomar sus órdenes, y entretanto no me atarian si les daba palabra de no escaparme. No les respondí otra cosa sinó que hicieran de mí lo que quisiesen.

Todos deseaban con ánsia saber mi historia, y notando la estéril satisfaccion que daba á sus reconvenciones, sospecharon que mis infortunios me habian turbado el juicio. Al fin volvió la chalupa despues de dos horas con la orden de llevarme á bordo inmediatamente, y por más que les pedi arrodillado á sus piés que me diesen seguir mi camino y no me privasen de mi libertad, lo que logré fué que me atasen para ponerme en la chalupa hasta llevarme al cuarto de su comandante.

Este se llamaba Pedro de Mendez, hombre tan generoso y político, que rogándome le dijese quién era, me preguntó si queria comer ó beber alguna cosa y me aseguró que seria tratado como él mismo, añadiendo otros mil ofrecimientos de tanta amistad que yo estaba aturdido de encontrar una bondad semejante en un *yahou*; pero mi humor triste, mohino y fastidioso, solo me permitió responderle que tenia provision en mi canoa. Sin embargo, mandó que me sirviesen un pollo con un vino excelente, y despues me señaló cuarto y cama, todo muy bueno. Habiéndome puesto en él me tiré sobre la cama en la misma disposicion que estaba, con la idea de escaparme á nado mientras la tripulacion estuviese comiendo por no verme entre *yahous*, y hubiera tenido efecto media hora despues sinó me hubiese detenido un marinero y dado aviso al comandante, que mandó me encerrasen en mi cuarto.

Luego que dejó la mesa entró á visitarme, cuidadoso de saber qué causa me habia arrojado á un designio tan desesperado, volviéndome á asegurar que solo deseaba darme gusto, y continuó hablándome del modo más cariñoso, tanto que ya principié á mirarle como á un animal con algo de razon. Le conté en pocas

palabras los sucesos de mi viaje, la sublevacion del navío de que era comandante, la determinacion de abandonarme en una ribera desconocida, y que habia pasado tres años con los houghnms, caballos habladores, razonantes y racionales. El capitan lo tuvo todo por sueño y embuste; esto me irritó demasiado, y me obligó á decirle que habia olvidado la facultad de mentir desde que habia dejado á los *yahous* de Europa: que entre los houghnms era desconocida, aun de los niños y criados, y finalmente, que creyera lo que quisiese sobre el seguro de que estaba pronto á satisfacer sus objeciones y muy confiado de poder convencerle.

Era hombre muy prudente, y habiendo probado mi juicio con preguntas diferentes, reconoció que cuanto le decia iba arreglado y consiguiente uno á otro, en cuya vista comenzó á formar un concepto más honroso de mi sinceridad, tanto que me confesó haber encontrado en otro tiempo un marinero holandés, el cual le refirió que, con el motivo de hacer aguada, habia tomado tierra acompañado de otros cinco en cierta isla ó continente al Sud de Nueva Holanda, desde donde habian divisado un caballo careando un rebaño de animales totalmente semejantes á los que le habia pintado bajo el

nombre de *yahous* y otras muchas particularidades que no tenia presente, por el poco aprecio que habia hecho de la relacion suponiéndola falsa.

Tras esto me pidió que pues hacia vanidad de amar la verdad, le diese palabra de honor de seguir en su compañía todo el viaje, sin volver á pensar siquiera en conspirar contra mi propia vida, pues de otro modo me llevaria preso hasta Lisboa. Ofrecí cumplirlo, aunque protestando siempre que primero sufriria el tratamiento más cruel que sujetarme á vivir otra vez con los *yahous* de mi país.

Tambien me instó repetidamente mi capitan á que dejase aquellas pieles de conejo y me surtiria de vestido completo, de que le di muchas gracias y no admití por el horror de poner sobre mi cuerpo una cosa que hubiese sido del uso de un *yahou*. Solo consentí que me prestase dos camisas, porque estas, lavándolas bien, no podian contagiarme tan fácilmente y haciéndolo por mi mano me mudaba cada dos dias.

Llegamos á Lisboa el 5 de noviembre de 1715. Allí me hizo tomar por fuerza vestidos suyos, temiendo que los muchachos nos silbaran en las calles; me llevó á su casa y no permitió que habitase otra mientras estuve en aquella ciudad;

pero capitulé que me habia de alojar luego al punto en el último piso, en paraje oculto donde no tuviese trato con nadie absolutamente, y le pedí por favor que no revelase á ninguno lo que habia contado de mi residencia en el país de los honyhnhms, porque si llegaban á saber mi historia no me veria libre de visitas impertinentes, y lo que era peor, que acaso tendria que hacer conmigo la Inquisicion.

Como don Pedro no estaba casado apenas tenia en su casa tres criados, de los cuales uno que me servia la comida en mi cuarto me mostraba tanto agasajo y un juicio tan extraordinario para un *yahou*, que no me desagradaba su compañía, y por este medio pudo vencerme á que sacase alguna otra vez la cabeza por una claraboya que tenia el cuarto para tomar aire. Me hizo bajar la cama al piso inmediato, en pieza con ventana á la calle; consiguió que me asomase á ella, aunque al principio volvia prontamente la cabeza porque me chocaba la vista del pueblo, hasta que me fuí acostumbrando. Ocho dias despues me llevó al piso de por bajo, y en fin, triunfó tan completamente de mi hipochondria, que logró verme sentado en la puerta de la calle mirando á los que pasaban, y aún le acompañé tambien algunas veces á pasear por la ciu-

dad. Sabia don Pedro el estado de mi casa y familia por la relacion que le habia hecho, y pareciéndole que en honor y conciencia estaba obligado á volver á ella, me lo insinuó un dia, añadiendo que habia en el puerto un navío pronto á hacerse á la vela para Inglaterra, y qué me surtiria de cuanto necesitase para el viaje. Le representé mi oposicion á tal establecimiento, en cuya virtud habia formado la resolucion de buscar una isla desierta donde acabar mis dias; pero á esto me replicó que la isla desierta que me proponia era unâ quimera, que en todas partes encontraria hombres, y que en ninguna como en mi propia casa, pues era él el amo de ella, podria vivir tan solitario como quisiese.

Tuve que ceder porque no habia otro recurso, bien que ya no estaba tan salvaje. Dejé á Lisboa el 24 de noviembre para embarcarme en un navío mercantil, acompañándome don Pedro hasta el mismo puerto, despues de haberme prestado por última prueba de su generosidad valor de veinte libras esterlinas. No salí de mi cuarto en todo el viaje, ni hablé una palabra con el capitan ni con ninguno de los pasajeros con pretesto de que me hallaba indispuerto. El 5 de diciembre de 1715 anclamos en las Dunas,

como á las nueve de la mañana, y á las tres de la tarde llegué á Rotherhith con buena salud, yéndome derecho á casa.

Quando me vió mi mujer y demás familia que me creían muerto quedaron absortos; no puedo yo explicar su alegría. Abracélos á todos friamente, y como la idea de los *yahous* no se habia borrado todavía en mi espíritu, no quise acostarme con mi mujer en muchos meses.

El primer dinero que cogí lo empleé en dos famosos potros, les hice una ostentosa cuadra, y les puse un palafrenero de primera clase al cual le entregué todo mi favor y confianza. El olor de la cuadra me encantaba y pasaba en ella cuatro horas cada dia conversando con mis amados caballos que me representaban la memoria de los virtuosos *houyhnhms*.

Ahora que escribo esto há cinco años que vivo retirado en mi casa. En el primero no podia sufrir la presencia de mi mujer é hijos, ni reducirme á comer con ellos. Despues mudaron mis ideas, y hoy me hallo un hombre regular, aunque siempre un poco misántropo.

Os he dado, lector mio, la historia completa de mis viajes por espacio de diez y seis años y siete meses, historia en que no he anhelado tanto por parecer elegante y ameno, como véri-

dico y sincero. Acaso habreis tomado por fábulas y cuentos mis relaciones, no encontrando en ellas la menor verosimilitud; mas tampoco yo me he cansado en buscar ardides seducientes de qué sobrecargarlas para hacerlas creibles. Si no las diéseis fé, atribuidlo á vuestra incredulidad y no á mi génio, que siendo incapaz de ficcion y mi imaginacion muy fria, os he acreditado una simplicidad que debe desterrar vuestras dudas.

A todos los viajeros que hemos corrido países que apenas habrá pisado otro, no es muy fácil hacer descripciones maravillosas de cuadrúpedos, serpientes, pájaros, peces extraordinarios y raros; ¿pero á qué todo esto? ¿El principal objeto del que publica sus relaciones no debe ser el mejorar su pátria, instruir á sus paisanos y ponerles delante el ejemplo de extranjeritos, ó por lo bueno ó por lo malo, para excitarles al ejercicio de la virtud y á la detestacion del vicio? Pues hé aquí lo que me he propuesto en esta obra, y creo que deberán agradecermelo.

Yo celebraria en el alma que hubiese una ley por la cual todo viajero, antes de publicar sus viajes, fuese obligado a hacer juramento en manos de lord Gran-Canciller de que cuanto iba á dar á la prensa era la verdad pura ó por lo

menos lo tenia por tal; así no se engañaría al mundo como sucede todos los dias. Doy anticipadamente mi voto por esta ley, y consiento que mi libro no sea impreso hasta que se establezca.

Repasé en mi juventud un sinnúmero de semejantes relaciones con gusto inmenso; más luego que he dado casi la vuelta al mundo, que he visto las cosas por mis propios ojos y las he experimentado, he perdido la afición á esta especie de lectura, tanto que prefiero los romances á ellas. Deseo que mi lector piense del mismo modo.

Mis amigos han encontrado en las que escribo un cierto aire de verdaderas que agradaría al público, y me han hecho condescender en que se impriman. Confieso que siempre he vivido cercado de desdichas, pero nunca he tenido la de inclinacion á la mentira.

FIN DE LA CUARTA PARTE Y DEL TOMO TERCERO.